

Era imposible que en una region que carecia de las condiciones de sanidad y de templanza, que constituyen el principal tesoro de los pueblos, se resolviesen á permanecer por mucho tiempo los jefes que conducian á la vagabunda tribu tolteca.

Con efecto, despues de haber permanecido cinco años en un lugar que denominaron *Chimalhuacan*, se dirigieron hácia el Oriente; y pasando por *Toxpan*, donde vivieron por espacio de otros cinco años, por *Quiyahuitzlan*, *Zacatlan* y *Tutzapan*, llegaron en 697, conducidos por siete señores toltecas, á *Tollancinco*, país de campiña feraz y de benigno clima (1).

Bellísima era la situacion de ese paraje que distaba cincuenta millas hácia el Norte del sitio donde algunos siglos despues se fundó la famosa ciudad de Méjico; benigno su clima, sereno su cielo, puro su horizonte y fértil su terreno; pero á pesar de la bondad y de las favorables condiciones que presentaba, solo permanecieron en él veinte años, y se retiraron cuarenta millas hácia el Poniente, donde edificaron la ciudad de *Tollan*, hoy *Tula*, en memoria del nombre de su patria.

Tula, sitio que llegó á llenar todas las exigencias y á realizar todas las esperanzas de los jefes que habian conducido á los activos y laboriosos toltecas, fué el punto en que dieron por terminado su viaje, despues de ciento cuatro años de una vida errante y vagabunda. Tula era la realizacion del ideal que se habian formado, y es hoy la ciudad mas antigua que cuenta el suelo del Anáhuac, así

(1) Se llamaban estos siete señores *Zacatl*, *Chalcatzin*, *Tzihuacatl*, *Metzotzin*, *Checatzin*, *Tlapalmetzotzin* *Cahuatzon*.

como una de las mas célebres que se registran en los fastos de la historia de la nacion mejicana.

Elegido el sitio, se dió principio á la fundacion de la ciudad; se levantaron cortas poblaciones en sus pintorescos alrededores; se cultivaron con esmero exquisito los campos, que en breve se vieron cubiertos de vistosos maizales y de varios frutos, y pronto la comarca entera, vestida de plantas y de flores, de huertas y de jardines, presentaba un aspecto risueño y encantador.

Gobierno de los toltecas. Declarada Tula metrópoli de la nacion tolteca y corte de sus reyes, los toltecas se constituyeron en gobierno monárquico.

Segun las bases en que asentaron su existencia política, la monarquía era hereditaria; pero cada monarca solo habia de empuñar el cetro por espacio de cincuenta y dos años, período que constituia el siglo tolteca. Si el rey llegaba á cumplirel siglo en el trono, dejaba inmediatamente el mando, que entraba á ejercerlo, acto continuo, el individuo llamado á sucederle. Si ocurría su muerte antes de que se cumpliese el siglo, en que debia terminar, la nobleza entraba á ejercer el gobierno hasta que se cumpliese el tiempo que faltaba para llenar el período convenido.

Establecido el sistema que debia conducir á la nacion por la senda de prosperidad que los toltecas se habian imaginado, se dió principio á la monarquía el año de 667 de la era vulgar del cristianismo, siendo su primer rey *Chalchiuhlanetzin*.

667. Agradecido el hombre elevado al trono á la confianza que habian depositado en él los que no dudaron poner en sus manos la suerte de

Chalchiuhlanetzin, 1.º rey tolteca.



la nueva sociedad, se propuso no defraudar las lisonjeras esperanzas alimentadas por sus generosos súbditos. Celoso del cumplimiento de los graves deberes que están obligados á llenar en conciencia los gobernantes rectos, su gobierno se inició con disposiciones altamente satisfactorias y benéficas para el reino. Humano, justo y benigno, crecieron prodigiosamente á la sombra de la proteccion que dispensaba á todos los ramos útiles, la agricultura, las artes y las ciencias. En todas partes se notaba la vida que con sus acertadas providencias sabia comunicar á la naciente sociedad. Aleccionado en la escuela de las vicisitudes de la penosa peregrinacion que acababan de hacer, comprendió que la positiva riqueza de los pueblos se encuentra en el cultivo de los campos y en la actividad del comercio de las ciudades; y al impulso preferente que dió á esos dos ramos que constituyen la duradera felicidad de los pueblos, se edificaron pintorescas poblaciones, y se cubrieron las campiñas de abundantes maizales, hortalizas, árboles frutales y preciosas plantas, entre las cuales predominaba el productivo algodón.

Pero si juzgó necesario, para el bien social, el cultivo de los campos, no juzgó menos indispensable el cultivo de la inteligencia en todos los ramos del saber humano. La arquitectura, la fundicion de los metales, la escritura y muy especialmente la astronomía, encontraron proteccion y premio en el monarca. El celo del rey en todo lo que hacia relacion al engrandecimiento del espíritu, inspiró al anciano *Huematzin*, uno de sus mas distinguidos astrónomos, la brillante idea de formar una obra verdaderamente notable, segun asegura Boturini (A).

(A) Véase la obra escrita por Boturini y publicada en Madrid en 1746, que

El sabio astrónomo, impulsado por el noble afán de que no se perdiese la costumbre observada por los toltecas de notar en sus pinturas los eclipses, los cometas y los demás fenómenos celestes, propuso al rey el pensamiento de hacer un libro en que consignados quedasen para siempre los acontecimientos que mas importaban á la historia de la patria. Admitida por el monarca la idea, el astrónomo *Huematzin* convocó en 660 á todos los sabios de la nacion, y con auxilio de ellos se dió cima á la obra, que se denominó *Teomoxtli*, que significa *libro divino*. En esta notable produccion se marcaban, dice Boturini, con figuras perfectamente claras y precisas, el origen de los indios, su dispersion por el mundo despues de la confusion de las lenguas en Babel, su peregrinacion por el Asia, sus primeros establecimientos en el continente de la América, la fundacion del imperio de Tula, y sus progresos y adelantos hasta aquel tiempo. Se describian igualmente los cielos, los planetas, las constelaciones y el calendario tolteca con sus ciclos, las transformaciones mitológicas, en las cuales se incluia la filosofía moral de aquellos pueblos, y los arcanos de la sabiduria vulgar, bajo los emblemas ó jeroglíficos de los dioses, con todo lo relativo á la religion y á las costumbres.

Ignoro los grados de autoridad que merezcan los documentos que han proporcionado á Boturini la noticia que acabo de consignar, dejando al lector en el libre derecho de admitirla ó desecharla; pero aun cuando la existencia de ese libro tolteca no fuese mas que una bella creacion

tiene por título: *Idea de una historia general de la Nueva-España, fundada sobre una gran copia de figuras, símbolos, caractères, geroglíficos, cánticos y manuscritos indianos, hallados nuevamente.*



de la fantasía, no por eso sería menos cierto que los toltecas poseían notables conocimientos respecto del sistema planetario.

*Chalchiuhlanetzin*, después de haber tenido la satisfacción de ver formarse, crecer y desarrollar con prodigiosa rapidez la industria, las artes y las ciencias en la sociedad que le había elevado al trono; después de haber contribuido eficazmente al engrandecimiento y prosperidad de sus pueblos y de haber reinado pacíficamente el período de 52 años señalados por la ley, entregó á su sucesor el cetro que en sus manos había producido los mejores resultados.

719. Satisfecho de no haber faltado jamás á los deberes del buen soberano, se retiró á la vida privada, siendo, lejos del brillo del poder, modelo de súbditos, como lo había sido, en la grandeza, modelo de reyes.

*Chalchiuhlanetzin*, entregado al cultivo de la inteligencia y protegiendo siempre el talento y el genio, dejó de existir en 771, víctima de una enfermedad poco penosa, llorado por sus amigos y sentido por las ciencias.

Ocuparon sucesivamente el trono tolteca *Ixtlilcuechahuac*, su hijo *Huetzin*, y al fin del período de éste *Totepeuh*, que empuñó el cetro el año de 875.

875. La monarquía tolteca había ido tomando creces prodigiosas, y la población se multiplicó rápidamente.

Sencillos en sus costumbres los toltecas, inclinados al trabajo, y sin nación rival ninguna que les pudiese promover disturbios ni guerra, pues eran absolutos dueños del fecundo y vasto suelo del Anáhuac, preciso

y lógico era que su nación creciese y prosperase en un terreno exuberante, que premia con fabulosas creces los mas ligeros esfuerzos del hombre laborioso.

*Totepeuh*, no menos celoso del bien de sus pueblos, que los monarcas que le habían precedido, procuró aumentar la vida y la belleza de su reino. Protector de las artes, brillaron en su época los finos tejidos de algodón, las obras de ornamentación y la arquitectura. Las ciudades se vieron enriquecidas por edificios de bastante gusto, descolando entre ellas, por la magnificencia de sus templos, *Teotihuacan*, que significa *habitación de los dioses*.

En esta bella ciudad que competía en esplendor con la corte que habitaban los reyes, y que, como su nombre lo indica, era la ciudad santa, la ciudad de los monumentos dedicados á la religión de los toltecas, mandó levantar el rey *Totepeuh*, poseído de un vivo sentimiento religioso, dos sorprendentes templos que sobrepujasen en belleza á todos los que hasta entonces se habían levantado. El ardiente deseo del monarca quedó cumplidamente satisfecho: los magníficos templos denominados *Tonatiuh Izahual* y *Mextli Izahual*, esto es, *casa del sol* y *casa de la luna*, quedaron terminados, y sus colosales proporciones, destacándose imponentes y régias en medio de la mística ciudad, parecían dos vigilantes centinelas encargados de la custodia de los pueblos.

El templo consagrado al sol, deidad á quien incensaban cuatro veces durante el día y cinco en las horas de la noche, medía, en su cuerpo inferior ó base, doscientas ochenta varas de largo, doscientas tres de ancho, y una altura correspondiente á las admirables proporciones que



formaban su latitud y longitud. Un ídolo de gigantesca estatura, hecho de una piedra durísima y cubierto de oro, representando al astro deificado, se levantaba resplandeciente, ostentando, en una gran concavidad que tenia en el pecho, la imágen del mismo astro del dia, de oro finísimo del mas encendido color.

El templo de la luna, cuya base medía de largo doscientas varas y ciento setenta de ancho, ostentaba tambien una colosal estátua de piedra, cubierta de oro, que representaba al astro melancólico y dulce de la noche. La altura de este soberbio templo, construido con perfeccion admirable, correspondia, lo mismo que el del sol, á la inmensa mole que le servia de planta. Cuatro cuerpos de una solidez que competía con la de los monumentos de una antigüedad remota que han eternizado la memoria de otras naciones del globo, presentaba cada uno de los referidos templos, con igual número de escaleras formadas de grandes y bruñidas piedras.

Aun existen los notables restos de esos famosos templos que sirvieron de modelo á los demás santuarios ó *teocallis* que mas tarde levantaron en Anáhuac las naciones que se establecieron allí despues de los toltecas. Hernan Cortés y sus soldados quedaron admirados ante la grandiosidad de esos dos extraordinarios templos, y destrozando los dos colosales ídolos, se aprovecharon del precioso y rico metal que los cubria. De los cuatro sólidos cuerpos que parecian desafiar con su estructura la poderosa fuerza de los siglos, en el último de los cuales se veian distribuidas diversas divinidades cubiertas tambien con laminitas de oro muy delgadas, únicamente quedan las notables ruinas que paten-

tizan la magnificencia de esos templos; ruinas admirables que subsisten como páginas imperecederas de la historia de los toltecas, y que hasta el dia son conocidas con el nombre de *Pirámides de San Juan de Teotihuacan*.

Al derredor de los magníficos templos del sol y de la luna que los toltecas, lo mismo que otros pueblos, divinizaron, edificaron un número considerable de pirámides pequeñas que no excedian de diez metros de elevacion, y que abundan mas hácia el lado austral del templo de la luna que hácia el templo dedicado al sol. Parece, segun la tradicion que se conserva de esos multiplicados monumentos, que fueron dedicados á las estrellas; y existen vehementes indicios que conducen á creer que servian de sepulcro á los magnates y caciques de las tribus primitivas. Los españoles, al pisar algunos siglos despues el mismo sitio en que esa série de pirámides se levantaba, le llamaron *llano de las cues*, valiéndose de esta última palabra de la isla de Cuba que significa *templo*; y que en la lengua tolteca y en la azteca, que eran semejantes, se llamó *Micoatl*, esto es, *camino de los muertos*.

Las monumentales ruinas que atestiguan la grandeza de los dos colosales templos levantados al sol y á la luna divinizados, y que el viajero no puede examinar sin conmocion profunda, subsisten solitarias, como imágenes mudas, pero elocuentes, de la grandeza de una sociedad pasada, á distancia de legua y media, al Norte, del actual pueblo de Teotihuacan, y á siete de la hermosa capital de la moderna república mejicana.

927 El cetro que con benéfica diestra habia  
Nacaxoc, 5.º rey  
tolteca. empuñado Totepauh, brotando de su acer-



tada direccion la ventúra de los pueblos, pasó, en 927, á las manos de Nacaxoc, en quien concurrían las bellas cualidades que resaltar deben en los hombres consagrados á regir los destinos de las sociedades.

Tomando por modelo á su predecesor, y siguiendo la senda de adelanto emprendida desde el primer monarca que ocupó, en el Anáhuac, el trono levantado por la industriosa tribu tolteca, miró, satisfecho, brotar de la proteccion que afanoso prestó á los nobles ramos que constituyen el bienestar de las naciones, nuevas y florecientes heredades, alfombradas de abundantes y ricas mieses; vistosos edificios de construccion sólida, y exquisitas obras de valiosa orfebrería en que llegaron á ser notables siempre los toltecas.

No se registra en el reinado de Nacaxoc ninguno de esos hechos notables de profunda sensacion que dejan un recuerdo vivo en la memoria de la humanidad. Su reinado fué semejante á esos tranquilos rios que fecundizan la tierra suavemente; pero cuyo nombre no llega á conquistar jamás la popularidad que los impetuosos torrentes y las imponentes cataratas que imprimen en el alma ese sublime terror que jamás se borra, que se recuerda siempre con horror, y que nos complacemos en dar á conocer los terribles efectos que han producido al desbordarse. Nacaxoc fué la lluvia bienhechora que vigoriza y refresca las plantas sin destruirlas; y al expirar el período que la ley establecida señalaba, entregó las riendas del floreciente Estado, que con admirable acierto habia dirigido, á su hijo primogénito Milt, que antes de heredar la corona habia heredado ya las preclaras virtudes de su padre.

979

Milt, 6.º rey  
tolteca.

El nuevo rey, alentando el noble espíritu que engendra rasgos de verdadera grandeza, señaló honrosos premios para todos los hombres que se distinguiesen en sus distintas artes y profesiones con alguna obra de notable importancia; y la sociedad, estimulada con el deseo de gloria que aviva el entendimiento, abriendo un vasto campo al ingenio, miró desarrollarse con prodigioso aumento la industria, las artes, las ciencias y la agricultura.

Un corazon dotado de los elevados sentimientos que animaban el del entusiasta monarca Milt, no podia ser indiferente á las dulces sensaciones del mas natural de los afectos, el amor. Con efecto; Milt no pudo ver sin sentir en su alma una sensacion profunda y grata, la encantadora belleza de una jóven, notable por su talento y su gracia, llamada *Xiuhlahzin*, y cautivado no menos de sus virtudes y de su capacidad que de su deslumbrante hermosura, la pidió por esposa y la elevó á la categoría de reina.

La eleccion no podia haber sido mas digna del talento y buen juicio del monarca; y la entendida jóven, anhelando para su esposo un renombre esclarecido en la posteridad, contribuyó con sus elevados consejos al acierto en las resoluciones del bondadoso monarca.

Amante del lustre de su religion, el rey Milt mandó edificar un suntuoso templo que descollase con magnificencia entre los notables santuarios que á las diversas deidades se habian levantado en la ciudad de Tula, y que compitese con los monumentales templos que ostentaba, envanecida, la ciudad de Teotihuacan. Millares de entendidos operarios se ocuparon en la fabricacion del edificio



dedicado á los dioses de la idolátrica religion que el reino profesaba; y la riqueza de las alhajas que adornaban á los ídolos rivalizaba con la grandiosidad del templo. Perlas, pedrería, joyas con exquisito gusto trabajadas se encontraban con profusion en los altares, destacándose en medio del templo, con atrevida arrogancia, un magnífico pedestal de gran mérito artístico, sobre el cual descansaba una rana de oro cubierta de esmeraldas que, mas tarde, Hernan Cortés envió de regalo al emperador Cárlos V.

Satisfecho el monarca de la belleza del edificio levantado á su religion, y anhelando que á la idea religiosa que lo habia concebido, correspondiese el decoro del templo, instituyó para el digno servicio de los dioses un número respetable de virtuosos sacerdotes, cuyas obligaciones imprescindibles eran la castidad, la oracion y la penitencia. Vestian estos nuevos ministros de la religion tolteca un traje negro talar de fina tela de algodón, marchaban con los ojos inclinados al suelo en actitud de profundo recogimiento, y llevaban suelto sobre la espalda el largo y negro cabello flotando en caprichoso desórden.

No menos celoso de los progresos de la inteligencia en las ciencias y en las artes que del brillo de la religion de sus mayores, el benigno monarca Milt concibió el útil pensamiento de hacer extensivos á la sociedad en general los conocimientos de los ramos mas notables del saber humano, y fundó un seminario donde llegó á reunir los mas notables artífices y los hombres mas eminentes en las ciencias.

1031. Terminado el feliz período de su reinado, Milt es reelecto rey de los toltecas. Milt, menos ambicioso de mando que de tranquilidad, se dispuso á dejar, obedeciendo las

leyes del Estado, las riendas del gobierno que habia manejado con admirable acierto; pero sus leales vasallos, agradecidos á los imponderables bienes que el país habia recibido durante su benéfica administracion gubernativa, se propusieron quebrantar la costumbre y la ley que le separaban del poder, y le reeligieron soberano, suplicándole, en nombre de la patria, que continuase al frente de los negocios públicos.

El favorecido monarca aceptó de nuevo el cargo, y los buenos resultados de sus providencias correspondieron á las esperanzas y aspiraciones de los gobernados. Siete años llevaba de dirigir, en su segunda era, la nave de los destinos de la nacion, cuando la muerte le vino, en 1038, á sorprender en el camino de adelantos y de prosperidad que se habia propuesto seguir.

La muerte de Milt fué sentida, como se siente siempre por los favorecidos, la muerte de los favorecedores.

Quebrantada una vez la ley prolongando, como con-signado queda, el reinado del último monarca, fácil les fué á los toltecas volverla á quebrantar en otro de los puntos que servian de base á la monarquía establecida.

1038. Según la ley respetada hasta entonces, la corona tolteca únicamente correspondia á los primogénitos varones. Ni las hijas del monarca, ni la reina viuda podian ocupar el trono, vedado á su sexo; pero los toltecas, que habian gustado de la benéfica influencia que la reina habia ejercido en las resoluciones del difunto monarca, juzgaron que la ley debia posponerse al interés del Estado y la eligieron soberana.

Lejos de ofenderse el varon heredero de la eleccion he-